

BURBANK, Jane y COOPER, Frederick, *Imperios. Una nueva visión de la Historia universal*, Barcelona, Crítica, 2011. ISBN: 978-84-9892-234-9. 701 pp. Traducción de Juan Rabasseda y Teófilo de Lozoya.

Este libro tiene tres cualidades. En primer lugar, se ha escrito pensando en los estudiantes y en potenciales lectores de nivel universitario en sentido amplio, no sólo para especialistas en historia. En segundo lugar, ofrece una perspectiva que no está marcada ni por el eurocentrismo ni por el nacionalismo al abarcar prácticamente todo el planeta, si bien centrándose en el conjunto de las sociedades que han existido en ese amplio continente que es Eurasia durante los últimos dos mil años sin olvidar los impactos que produjo Eurasia en los continentes africano y americano. Y en tercer lugar lanza dos tesis claras y bien argumentadas, aunque preñadas de polémica; por un lado, que el imperio ha sido la forma más extendida y duradera de organización de las relaciones entre poder político y territorio y, por otro y en consecuencia, que “el mundo de las naciones-estado que hoy conocemos apenas tiene sesenta años de edad”.

Se puede adelantar, por tanto, la conclusión a la que llegan los autores, que por más que en Europa hayamos convertido desde el siglo XIX la fórmula del Estado-nación en el eje de la imaginación social y de las relaciones políticas, la realidad de los estudios comparados rompe ese relato convencional y desde hace más de veinte siglos nuestras sociedades han estado marcadas por prácticas imperiales. En definitiva, han sido las culturas imperiales las que “han modelado el mundo en el que vivimos”, a pesar de que hoy tengamos en el planeta doscientos estados. Los autores son dos destacados especialistas en lo que llamamos en España “Historia universal”. Ambos son profesores en Nueva York, Jane Burbank destaca por su especialización en el mundo eslavo y Frederick Cooper ha investigado los procesos de la descolonización en África. Organizan el libro de modo diacrónico, desde los imperios de Roma y China en los primeros siglos de nuestra era hasta el presente. Pero en cada forma de imperio, en cada etapa de sucesivos imperios, analizan las formas en que se crearon, sus estrategias de poder, sus ideologías y las rivalidades con otros imperios.

El imperio como forma de dominación estatal

Los autores contraponen el imperio a la nación-estado. Ésta busca la homogeneidad cultural y política para darle soporte a la unidad de poder en un territorio ocupado por un único pueblo. Por el contrario, el imperio abarca varias unidades políticas y varios pueblos, mantiene diferencias y jerarquías internas según agrega nuevos pueblos y se basa sobre todo en los métodos coercitivos para imponer el poder a pueblos muy diferentes entre sí,

porque los distintos pueblos que lo integran son gobernados de modo distinto. Tanto la nación-estado como el imperio son inclusivos pero el primero busca la homogeneidad y puede incluso lograr el consenso al excluir a los no nacionales, mientras que el imperio alberga la paradoja de conjugar inclusión y diferencia, tensión que produce derivas hacia la desintegración.

El origen de las formas de imperio como principales formas de poder procede, según los autores, de la “lógica política del enriquecimiento mediante la expansión”. Así ha sido desde los faraones egipcios y los reyes Gupta del Sureste asiático o la dinastía Han de China hasta los imperios occidentales fraguados en el siglo XIX, pasando por los mandinkas y los songhay de África occidental, los zulúes del África meridional, los mayas, los incas o los califatos musulmanes. Subrayan los autores que, por más que desde el siglo XVIII las naciones se hayan constituido en el eje de la vida política en Occidente e incluso el derecho a la autodeterminación se haya considerado un derecho de los pueblos en el siglo XX, persiste la forma de imperio bien que con fórmulas de federación y confederación como lo atestiguan hoy, ya entrado el siglo XXI, las distintas formas de uniones que se han constituido por encima de las actuales naciones-estado y que están en la mente de todos.

Por lo demás, los autores refutan que la idea de que el imperio sea menos propicio para establecer la democracia como principio rector pues su contraria, la tiranía, se ha producido y produce tanto en estados nacionales homogéneos como en imperios, y, en consecuencia, las formas de organización democrática no están reñidas con estructuras políticas de inclusión de pueblos diferentes. Es cierto que la violencia y la coerción ejercidas de forma continuada han sido los soportes clásicos de los imperios para hacer frente a la diversidad de personas y pueblos, pero también cabe destacar la variedad de repertorios imperiales con estrategias de poder cambiantes para resolver los conflictos. Es revelador a este respecto el análisis que realiza de los distintos imperios, desde la Roma y la China del siglo III antes de nuestra era hasta los repertorios de dominación del imperio de la Rusia zarista y luego soviética hasta los casos de Estados Unidos y Japón en el siglo XX.

Evidentemente, los autores se distancian de la historiografía tradicional que sitúa la aparición del Estado a comienzos de la Edad Moderna y hace del Tratado de Westfalia el eje de tal proceso. Frente a tal análisis eurocéntrico y occidental proponen la tesis de que los imperios han institucionalizado el poder desde hace más de dos mil años, desde los citados casos de Roma y China, pues fueron los imperios los que ante todo crearon instituciones propiamente estatales para cumplir la tarea de organizar los recursos humanos, concentrar los ingresos económicos y desplegar la fuerza militar necesaria para ejercer el poder. Centrarse exclusivamente, como se hace en nuestros planes de estudios y en nuestros manuales al uso, en el desarrollo del Estado europeo, con sus innovaciones políticas desde el siglo XVIII y con las revoluciones norteamericana y francesa como hitos incuestionables, supone una grave miopía pues tergiversa las dinámicas a largo plazo del poder estatal de los imperios tanto en Europa como en el resto del planeta.

No se entendería la historia de Europa sin analizar las guerras entre imperios que marcaron sucesivamente los siglos XVIII, XIX y XX, pues tales guerras fueron “el caldo de cultivo de movimientos revolucionarios que desafiaron a los imperios-estado de Europa”, tal y como subrayan los autores. Rompen, por tanto, con la historiografía eurocéntrica al uso que explica el curso de la historia de la humanidad a partir de las teorías sobre la nación, la modernidad y Europa. Abren el escenario de análisis histórico a todo el espacio euroasiático y también a los continentes africano y americano para desentrañar cómo el poder imperial y los conflictos surgidos en su seno han creado estados, han marcado sociedades y han configurado las formas de relación política, las identidades y los imaginarios colectivos por más que nos aferremos a ciertos anclajes nacionalistas.

En este sentido, los autores destacan los repertorios de poder que definen al imperio como un Estado en el que la flexibilidad política permite una larga vida a este tipo de organización política pues conjuga diferencias y modos distintos de control con tal de lograr no la igualdad sino la lealtad de las partes que integran el imperio. Así, la historia de los imperios, tal y como mantienen los autores, permite “concebir la soberanía como un poder que se distribuye, se estratifica y se superpone”. Esta cualidad implica otra característica, el pragmatismo para adaptarse a los cambios y crear dinámicas de compromisos nunca estáticos. Todo esto obliga a replantearse las cronologías y las categorías usadas por nuestra historiografía para abrirse a un análisis basado en las redes desarrolladas por los imperios a lo largo de la historia, siempre con la advertencia metodológica de que nunca podremos extraer del pasado el canon que nos conduzca a un futuro predeterminado.

Diversidad de imperios y conflictos interimperiales

Lógicamente no todas las formas de imperio han sido iguales y el análisis de las diferencias constituye no tanto un ejercicio de historia comparada sino de profundización en los modos en que la diferencia interna de cada imperio se conjugó como norma de organización. La diferencia fue lo que marcó el orden imperial y a lo largo de la historia se encuentran desde los imperios que intentaron la homogeneización hasta los que hicieron de la segregación su estrategia. Por ejemplo, el imperio romano integró a las élites de diversos pueblos, incluyó en su panteón a los dioses más dispares mientras trataba de homogeneizar su espacio político, cultural y artístico. A esto se añadió que desde el siglo IV de nuestra era el imperio romano hizo del cristianismo la religión del estado y este modelo se convirtió en referencia para imperios posteriores como el bizantino, el carolingio, el español y el portugués, y también para los imperios islámicos que basaron en el culto a un solo dios la unificación de la comunidad política.

Por el contrario, los mongoles desarrollaron una estrategia distinta, sin capital fija, sin cultura común, sólo anclada en un individuo considerado superior, el gran kan. Consideraban la diversidad como algo natural y útil y sus repertorios de poder también ejercieron una notable influencia por toda Eurasia, en concreto en los imperios ruso y británico que pactaron con los líderes locales, mantuvieron las diferencias entre pueblos y fueron muy parcos en imponer su propia cultura. Es más, los estados coloniales de los siglos XIX y XX regularon los espacios y las formas de relación entre los habitantes de sus metrópolis y los pueblos dominados amalgamando pueblos y religiones, todos ellos subordinados al poder imperial pero separando los “míos” de los “otros”, los colonizadores de los colonizados.

En general, cabe destacar que en todos los imperios se desarrolló un grupo de intermediarios encargado de la administración que, aunque originariamente fuesen individuos del pueblo dominante, con el tiempo tuvieron que echar mano de la autoridad de los individuos de las sociedades conquistadas, de las élites que estaban dispuestas a cooperar para prosperar ellas también con el imperio. Surgieron dos fenómenos, el de la asimilación de las élites indígenas, por un lado, y, por otro, el envío de colonos para garantizar la colaboración en los nuevos territorios. También se recurrió a la táctica de situar a esclavos o a individuos apartados de su comunidad de origen como autoridades en los pueblos sometidos. Usaron este recurso los otomanos con niños cristianos que arrancaban de sus familias y los convertían en personas dependientes totalmente de sus amos imperiales. Ahora bien, los propios imperios creaban condiciones para la subversión de estos intermediarios que podían crear redes de fidelidades alternativas y esto ocurrió tanto en el imperio otomano como en las rebeliones de los colonos europeos y criollos en las Américas de los siglos XVIII y XIX.

En todo caso, nunca hubo un imperio solo. Las relaciones entre imperios constituyen un factor crucial para entender la historia de nuestro planeta y esta aportación es decisiva en este libro. Tal y como plantean sus autores, “la intersección de imperios dio lugar a la competición, la imitación y la innovación, así como a épocas de guerra y épocas de paz”. Sería prolijo detallar esta tesis que es el eje básico de los contenidos que los autores desarrollan a lo largo de casi 700 páginas. Lanzan propuestas de interpretación novedosas, motivo más que suficiente para hacer imprescindible la lectura del libro para cualquier persona que se interese por el devenir de las sociedades humanas y para sacudirse viejos esquemas. Así, esas interacciones densas y duraderas entre imperios constituyen el tema que se desgrana en sucesivos capítulos. Después de la Roma y China de hace dos mil años, se analizan las prolongaciones del imperio romano y el caso del islam, para detallar el caso de los imperios mongoles en un capítulo totalmente nuevo para los lectores españoles. Sorprende el buen conocimiento que demuestran de los casos del imperio español y otomano a los que dedican un importante capítulo muy recomendable en sí mismo. También los demás capítulos son especialmente jugosos como pequeños ensayo de interpretación que se pueden leer por separado, sea el de la construcción de las sociedades coloniales, el de los imperios sucesivos en China, el caso de Rusia, las formas que el imperio se ensambló con la nación y con la ciudadanía en la época de las revoluciones liberales o el de los imperios transoceánicos de Rusia y Estados Unidos.

Este recorrido alcanza su máximo interés en los últimos cuatro capítulos que analizan los siglos XIX y XX, tanto los repertorios y mitos del colonialismo como las formas de organización imperial, las guerras mundiales y las nuevas sendas de imperio por las que se transita en la actualidad. Los autores aportan nuevas luces sobre este presente que es el resultado, sin duda, de la fragmentación de imperios producida tras la primera y la segunda guerra mundial del siglo XX. Además, estas dos guerras mundiales son analizadas como la pugna entre un reducido número de imperios, con más recursos que cualquier nación, y cuyos resultados significaron la transformación de la política, de los conocimientos y, en general, de las sociedades que hoy consideramos marcadas por el factor nacional. Por otra parte, tras la segunda guerra mundial se reorganizó el mapa mundial al pasar al primer plano dos potencias con precedentes rotundos de expansión imperialista, la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica.

Hoy, en los inicios del siglo XXI, aunque no se consideren a sí mismos imperios, se puede afirmar que China, Rusia y Estados Unidos siguen horizontes imperialistas con una pugna evidente por controlar recursos vitales para todo el mundo. En este punto se echa en falta un análisis más rico y complejo si hubieran incluido los autores en el capítulo final un estudio más detallado de la Unión Europea y sus afanes de situarse entre las citadas potencias, así como las nuevas realidades emergentes con el protagonismo de Brasil en América del Sur y el de las organizaciones supranacionales, por más que éstas adolezcan de evidente fragilidad política.

Por último, los autores concluyen que el pasado no ofrece modelos claros, no nos permite saber si las formas de poder nacionales o las imperiales son las más idóneas para organizar estados con mejores resultados para sus integrantes. Argumentan que el pasado sólo proporciona el conocimiento de la diversidad de formas de soberanía que se han desarrollado a lo largo de la historia. Por eso es importante la desmitificación de la forma del Estado-nación y lanza el reto de un futuro en el que nos corresponde “imaginar nuevos estados que reconozcan deseos compartidos mayoritariamente de pertenencia política, de igualdad de oportunidades y de respeto mutuo”.

Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN
Universidad de Castilla-La Mancha